

**LA GRAN
BATALLA NAVAL**
La hija de los Piratas
Murakami 2

RYŌ WADA

**Traducción del japonés:
Isami Romero Hoshino**


QUATERNI

Título original: Murakami kaizoku no musume

Copyright © Ryo Wada 2013

Todos los derechos reservados

Edición original japonesa publicada por SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd.

La presente edición en español, se publica de acuerdo con SHINCHOSHA Publishing Co., Ltd., a través de Ogihara Office, España

Copyright © 2016 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción del japonés: Isami Romero Hoshino

LA GRAN BATALLA NAVAL. La hija de los piratas Murakami 2

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-943449-2-3

EAN: 9788494344923

IBIC: FV, FJH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Revisión: Juan Jiménez Ruiz de Salazar

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Cuadratín

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Estugraf Impresores, S.L.

Depósito Legal: M-8217-2016

Impreso en España

21 20 19 18 17 16 (4)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

RESUMEN DE LO ACONTECIDO HASTA EL MOMENTO

En la época de la Unificación, Nobunaga Oda se enfrentó con los monjes del Honganji. Estos, asustados ante el poderío del guerrero, pidieron ayuda al clan Mōri. Si resultaban sitiados, necesitarían todos los víveres que estos pudieran conseguirles. Como la única forma de hacerlos llegar era por mar, los Mōri enviaron a dos emisarios a los Piratas Murakami, pues sin su poderío naval no lo podrían hacer.

Mientras tanto, la mayor preocupación del patriarca de los Piratas Murakami era su hija, Kyō. Esta era horripilante según los cánones de belleza de la época, pues, valerosa y decidida como pocas, pasaba largas temporadas en el mar, haciendo de pirata como cualquier hombre. Por el camino, los emisarios de los Mōri se encontraron con la princesa asaltando un barco. Vieron la violencia de la que era capaz y su justicia directa y sangrienta. Cuando llegaron a su hogar los enviados de los Mōri, el patriarca puso como exigencia que el más joven se casara con la princesa de los piratas; mas este, que no veía con buenos ojos sus actividades ni su energía, se negó rotundamente y partió indignado ante la osadía del patriarca, no sin antes insultar gravemente a la princesa. Cuando volvieron a las tierras de los Mōri, su señor, que había pasado por un matrimonio de conveniencia semejante, le convenció de que era su deber y así quedó acordada la boda de la princesa. Pero, antes de que volviera a las tierras de los Murakami, la princesa había partido.

Mientras tanto, unos *monto* a los que había salvado de una muerte espantosa le hablaron a la princesa de un lugar donde

ella sería considerada bella. Solo le pedían que les llevara con ella. Eran sinceros, pues el rostro y el ánimo de la princesa serían muy apreciados en Senshū, donde la diversión de una mujer se medía por el mismo baremo que el de un hombre. De camino, fueron interceptados por los Piratas Manabe, liderados por Shimenohyōe Manabe, que liberó a la princesa bajo palabra, y conservó a su hermano Kagechika como rehén. Antes de marcharse, la princesa tuvo la oportunidad de comprobar la veracidad de las palabras de los *monto*, pues todos los piratas Manabe la miraban con admiración.

La princesa dejó a los *monto* en la fortaleza de Kidu, donde un *ōnyūdō* desagradecido les trataba como carne de cañón y partió para cumplir la palabra que le había dado al líder de los Manabe. Cuando llegó donde se encontraban ellos, dieron una fiesta y se ganó el corazón del líder de los piratas. Este demostró en varias ocasiones la profundidad del amor que sentía por la princesa. Al poco tiempo, comenzó la batalla para intentar asaltar el Honganji y las fortalezas cercanas, empezando por la de Kidu. Mientras tanto, los Manabe no tuvieron más remedio que encerrar a la princesa, pues esta deseaba salvar a los *monto* a los que había llegado a apreciar durante el viaje. En particular, su mente se centraba en un joven, Tomekichi, y su abuelo, Viejo Gen, que le habían explicado la filosofía salvadora de su religión. Todo el mundo estaba a salvo solo con creer. Sin embargo, durante la batalla, el cobarde *ōnyūdō* cambió las reglas y declaró que todos los que huyeran no llegarían al *Gokuraku*, su paraíso.

El primer ataque corrió a cargo del hijo del *furegashira*, que se atrevió a saltar al pozo que rodeaba la fortaleza de Kidu, mientras Shimenohyōe le cubría lanzando unos terribles arpones que atravesaban a varios hombres en cada lanzamiento. Por otro lado, los hermanos calabaza le prepararon una escalera a base de flechas. Finalmente, desde el Honganji mandaron a los mercenarios de Saika, una facción de seguidores especialistas en el combate con rifles. Después de que estos eliminaran al líder de su retaguardia, el comandante de las tropas, los Manabe se lanzaron a por ellos como salvajes. Cuando vieron que todo estaba perdido, el Honganji jugó su última carta: mandar en

masa a todos los *monto* que pudieran. Era un mar de gente que se tragaría a los samuráis. En ese momento, el hijo del *furegashira* se lanzó en pos de Shimenohyōe para salvarlo de una muerte indigna, a manos de simples *monto*. Llegaron a su fortaleza de origen con los *monto* justo detrás, y las flechas de los hermanos calabaza retuvieron a la marabunta lo suficiente como para que se pusieran a salvo. Entonces, llegó el sonido de los cascos de la caballería. Nobunaga Oda llegó como un trueno, dispersando a los *monto* que habían rodeado la fortaleza. Sin embargo, hubo uno que, ante la huida de todos sus compañeros decidió luchar hasta el final: el Viejo Gen. Poco antes, la princesa Murakami se había liberado de sus ataduras y había visto la carnicería desde lo alto del montículo que protegía la fortaleza.

CAPÍTULO 3 (continuación)



Al comenzar a movilizarse los mercenarios de Saika, las tropas de *monto* colocadas en medio del ejército y en la retaguardia comenzaron la huida, como una presa que se hubiera desbordado. Después, los siguieron los *monto* que se hallaban en la primera línea. Estos huían directamente de las fuerzas enemigas; con esto se terminó el ataque de la Ikkō-shū y todo su gran ejército se desmoronó.

Al revisar las fuentes históricas, podemos descubrir el número de bajas que tuvo el ejército de *monto* en su ataque a la fortaleza de Tennōji. No obstante, podemos imaginarnos que seguía siendo una tropa gigantesca, probablemente contaba con más de diez mil efectivos.

En el *Récord oficial de Nobunaga* estaban plasmadas las palabras de uno de los vasallos de alto rango de Nobunaga, a quien este detuvo para que no se lanzara en persecución del enemigo, que se había dispersado al huir de la fortaleza de Tennōji.

Ante la falta de aliados suficientes, le dijo que desistiera de continuar la lucha.

Como el número de aliados era pequeño, advirtieron a Nobunaga que no siguiera con la persecución.

Por supuesto, Nobunaga no estaba dispuesto a desaprovechar este momento propicio para derrotar al Ōsaka Honganji. Como habían visto Shimenohyōe y los samuráis de Senshū, él mismo había comenzado el ataque.

El gran ejército de *monto* se dividió en dos. Una de las partes regresó hacia el Ōsaka Honganji y el otro, a la fortaleza de Kidu.

Los casi dos mil soldados que huían hacia la fortaleza de Kidu no habían experimentado la persecución de sus enemigos, pero aquellos que se dirigían al Honganji estaban muertos de miedo; esa confusión se podía ver en sus ojos. Los tres mil hombres de los Oda salieron como perros de caza y persiguieron a los *monto*, eliminando a los que se quedaron en la retaguardia. El pánico se apoderó de todos y ese gran ejército continuó huyendo sin mirar atrás.

—Así no podéis seguir —alzó la voz Tomekichi, mientras observaba desde la fortaleza de Kidu cómo huían los *monto*.

No se lo estaba recriminando a sus compañeros que se dirigían hacia el Honganji, quienes estaban siendo decapitados. Se lo decía a los *monto* que corrían hacia la fortaleza de Kidu, a quienes no perseguía nadie.

—No debéis retiraros —repitió una y otra vez.

Si se retiraban, los esperaba el infierno eterno. Si huían hacia la fortaleza, los dos mil *monto* iban a caer directamente allí. Entre los que se retiraban hacia Kidu, se encontraban el viejo Gen y los *monto* que llegaron de Aki-Takasaki.

—Abuelo, no debes huir. ¡Regresa al campo de batalla!
—gritó Tomekichi con todas sus fuerzas.

Sin embargo, en ese momento, el viejo Gen no estaba huyendo. Se enfrentaba en solitario a la marea de soldados aterrORIZADOS, alzaba su lanza y avanzaba en dirección a la fortaleza de Tennōji. Se chocó con los soldados y se vio obligado a soltar la lanza, pero se agachó, la recogió y siguió su camino.

—*Namuamidabutsu* —murmuró, mientras avanzaba paso a paso hacia la fortaleza enemiga.

«Debo alcanzar el Gokuraku», pensó el viejo Gen, que dudaba de su llegada al paraíso. Por eso no podía retirarse. Los ojos se

le salían hacia delante, su cara parecía congelada, lo único que se movía era su boca que expulsaba oraciones budistas, como un ser vivo independiente. «No voy a ir al infierno, jamás», se dijo, aterrorizado.

Al cabo de un rato, la marea de *monto* disminuyó de caudal y como una sombra aparecieron las fuerzas de los Oda, levantando una gran polvareda.

—*Namuamidabutsu* —repitió el viejo Gen.

No parpadeó y se dirigió hacia delante, pero por alguna extraña razón, el enemigo no se fijó en él, sino que continuó corriendo sin darle importancia. El ejército de los Oda estaba buscando detener al gran ejército enemigo y no necesitaba eliminar a un escuálido campesino anciano, pero el viejo Gen no pensaba de esa manera.

«Gracias a Buda», suspiró para sus adentros.

Ya no le quedaba nada para llegar al Gokuraku. Mientras oía cómo se alejaba a sus espaldas el estruendoso galope de los caballos, no pudo evitar temblar de la emoción.

En la meseta que tenía ahora ante sus ojos, detrás de esa polvareda, una infinidad de cadáveres cubría el suelo, pero eso ya no le importó. Lo único que veía era el montículo de la fortaleza de Tennōji que se erguía frente a él.

«Debo ir ahí», pensó, mientras avanzaba paso a paso hacia el Gokuraku.

Kyō estaba todavía en la fortaleza de Tennōji, entrecerró sus ojos ante esa polvareda, mientras intentaba distinguir las figuras que había en el suelo. Junto a ella, los samuráis de Senshū comenzaron a bajar del montículo como si siguieran a Nobunaga y se encaminaron de inmediato hacia las caballerizas.

Los patriarcas aún seguían en la cima del montículo. Después de que sus vasallos les dijeran que las tropas estaban listas, comenzaron a bajar de allí.

Los hermanos calabaza avanzaron primero y Yoshiharu Numa los siguió.

—Bueno, princesa, allá vamos —le dijo Shimenohyōe, pero Kyō no se giró hacia él, sino que se quedó observando fijamente

el exterior de la fortaleza—. Oye, Kagechika, protege a tu hermana —ordenó a su hermano al ver que esta no le respondía.

Kagechika asintió, a pesar de que su rostro mostraba el poco interés que tenía en hacerlo.

—¿Vas a hacerlo o no? —Rio y se dispuso a bajar el montículo.

—¡Oh! —aulló en ese momento, súbitamente, Kyō.

Cuando Shimenohyōe se giró, vio que Kyō había bajado del montículo y estaba al lado de la fosa, a punto de saltar sobre ella.

—¿Qué está haciendo? —murmuró para sí.

Pensó que había algo raro, y volvió al montículo. Buscó qué demonios había captado la mirada de esa mujer.

—¡Viejo Gen! —gritó Kyō a su lado.

Este se estaba acercando y solo le quedaban cincuenta y tantos metros hasta el montículo, debían haberlo confundido con un cadáver, o tal vez la polvareda del avance de la tropa lo había cubierto.

—Viejo Gen, soy yo. ¡Soy Kyō de Noshima! —gritó con todas sus fuerzas, pero el viejo Gen no la escuchó, y no mostraba señales de querer detenerse, sino que seguía avanzando con la mirada fija en la fortaleza—. Viejo Gen, ¿se te ha olvidado ya quién te llevó hasta la fortaleza de Kidu? Fui yo.

Ante ese inusual comportamiento de la mujer, los hermanos calabaza también volvieron. Al captar la figura del viejo Gen, los dos hermanos lo señalaron y se carcajearon.

—Mira, aquello es un *monto* —rieron.

Yoshiharu también vino después. Al observar la figura de ese *monto*, se dio cuenta de que era una cara conocida. No pudo evitar emocionarse.

—Oh, aquel anciano es el que estaba en la fortaleza de Kidu. Aunque estos *monto* son unos obstinados, este supera a todos. No aprecia su vida.

—Los han obligado a actuar así; tirar su vida como si fuera basura —contestó Shimenohyōe.

—Mataemon, dale un flechazo —dijo resentido Yoshiharu, girándose hacia uno de los hermanos.

—*Yossha!*

La sonrisa de esa cara de *hechima* se volvió cruel. Apuntó con su arco y disparó unas flechas, las cuales se clavaron ante los pies del viejo Gen.

—¿Qué haces? —dijo Kyō, fulminando con la mirada a Mataemon Terada desde la cima de la fosa, pero la velocidad de las flechas que lanzaba el mayor de los hermanos era excesiva. Ya estaba apuntando la última flecha.

—Todos tus compañeros huyeron. Haz tú lo mismo. Deja esa lanza y retírate a la fortaleza de Kidu —le imploró Kyō al viejo Gen.

A pesar de sus gritos, el viejo Gen no reaccionaba. Saltó las flechas clavadas y siguió avanzando lentamente.

—Uhm —gritó enfadado Yoshiharu.

Si había llegado hasta allí, no podía ser misericordioso. Si bien reconocía su valor, al continuar pese a esos flechazos, que eran una señal para que se retirara, tenía que ser condescendiente con esa valentía, ya no se podía tentar el corazón.

—No es necesario ser misericordioso —decían los guerreros de aquella época con ira.

Yoshiharu murmuró para sí mismo y le ordenó a Mataemon:

—No tenemos tiempo. Mátaalo.

—Yo me encargo, señor.

—Espera. No lo hagas —gritó Kyō a Mataemon, que ya se había preparado para matarlo.

Saltó de la fosa, logró pasar junto a Shimenohyōe y tomó el arco de Mataemon con fuerza. La flecha salió desviada hacia arriba.

—Déjame.

Aunque Kyō había evitado que hiciera su trabajo, Mataemon no se enfadó. Era como si su belleza le diera vía libre, pensó Kyō, lo que la enfadó todavía más.

—¡Deja el arco! —gritó mientras luchaba con él.

1 Entendido.

Mataemon dejó de reírse. Lo que mostró entonces fue un gesto tan asqueroso, que claramente provenía de su alma podrida.

—¿Qué pasa, princesa? ¿No se suponía que te gustaban las batallas?

Al escucharlo, Kyō se quedó inmóvil por un momento. No sabía ni ella misma por qué lo estaba haciendo. Pero recobró de inmediato el sentido.

—Te estoy diciendo que dejes el arco —gritó a Mataemon, y de un tirón se lo arrancó de las manos.

De pronto, Yasudayuu Matsura, que estaba más cerca del anciano, apuntó hacia él, con gesto molesto.

—Ya me encargo yo, entonces.

—Cabrón. —Kyō pateó a Mataemon haciéndolo rodar por el montículo y se dispuso a lanzarse hacia Yasudayuu. Golpeó de un puñetazo su redonda cara.

—Oye, eso duele —dijo este, llevándose la mano al rostro.

—Hermana —gritó Kagechika, mientras intentaba salir corriendo, pero algo aprisionó sus brazos y no lo dejó moverse. Eran unos brazos robustos. Era Shimenohyōe.

—Retírate —le dijo mientras lo empujaba hacia atrás. Avanzó con gran valentía hacia la mujer, caminó lentamente, se paró detrás de Kyō, que ya había lanzado al suelo a Yasudayuu y la agarró por los brazos.

—Suéltame.

El rostro de Shimenohyōe estaba impasible.

Kyō no comprendió el sentido de esa cara porque se le había subido la sangre a la cabeza. Era un rostro de piedra, como el de alguien despiadado. Era la primera vez que este hombre bonachón y gracioso le mostraba ese gesto. No era el que tenía que mostrarle a la mujer de la que estaba enamorado.

Kyō alzó las cejas.

—Shimenohyōe, te estoy diciendo que me sueltes —dijo, pero antes de que pudiera terminar de hablar, la lanzó hacia Yoshiharu.

—¡Yoshiharu, mantenla quieta con tu armadura! —le ordenó Shimenohyōe de un grito.

—¡Esa no es forma de tratar a una mujer! —le respondió Yoshiharu, mientras retorció el brazo de Kyō. Luego, ridiculizó al grandullón—: Shimenohyōe no tuviste buen ojo.

Kyō lo escuchó, pero no comprendía las palabras, estaba demasiado llena de ira.

—Disculpa, princesa de Noshima —le dijo Yoshiharu al oído, mientras quedaba aplastada por su peso.

—Ugh. —Trató de abrir los ojos mientras la presionaba contra la pared, y consiguió ver la meseta. El viejo Gen seguía caminando hacia la fortaleza—. ¡Viejo Gen, escapa! —gritó de nuevo.

—Kyō —la llamó de pronto alguien, y ya no pudo hablar. Al girar la mirada, pudo ver que Shimenohyōe estaba de pie con las dos piernas bien abiertas y la estaba observando con una mirada fría. Después, el grandullón hizo un movimiento que le produjo escalofríos.

—Te voy a enseñar cómo llamamos a las personas como tú en Senshū —dijo, y sacó un arpón de la caja que tenía en la espalda. La puso sobre su hombro y apuntó al exterior de la fortaleza.

—No lo hagas —dijo Kyō con los ojos saliéndosele de las órbitas. Luchó contra la presa de Yoshiharu, pero este la había agarrado muy bien. Giró la cabeza.

—No lo hagas. Shimenohyōe, no lo hagas.

Sin embargo, el grandullón no tuvo misericordia. Para evitar que esos gritos, que le pedían desistir, entraran en sus oídos, Shimenohyōe comenzó a centrarse con todas sus fuerzas en su cuerpo.

—No lo hagas, por favor —insistió Kyō con un gesto de tristeza. Una infinidad de venas sobresalían en los brazos del grandullón.

—Las personas como tú no tienen solución —soltó Shimenohyōe al abrir los ojos, y empleó los brazos como si fueran un látigo—. No eres divertida —insultó a Kyō con esa frase, que heriría a cualquier oriundo de Senshū y lanzó el arpón.

—¡Viejo Gen, huye! —En ese momento, Kyō se giró hacia la meseta.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Cuando vio al viejo Gen, el arpón había traspasado su cuerpo y había quedado clavado en el suelo. El cuerpo del viejo Gen no había llegado al suelo, sino que se quedó atravesado.

—Viejo Gen —se lamentó a gritos Kyō. Luego Shimenohyōe señaló con la barbilla a Yoshiharu.

—Vámonos —dijo, sin cambiar el tono de voz. Bajó de la muralla como si no hubiera pasado nada.

—Sí —contestó Yoshiharu con el mismo tono. Soltó a la mujer y siguió a Shimenohyōe.

—Viejo Gen... —lloró Kyō.

La habían abandonado allí, no pudo proyectar su ira hacia los samuráis de Senshū que habían asesinado al viejo Gen, se puso encima de la fosa y gritó el nombre del *monto*:

—¡Viejo Gen!

Sin embargo, aunque gritó muchas veces, el viejo Gen no le respondió. Kyō bajó la mirada, pero, por alguna razón, alzó la cara.

El cuerpo del viejo Gen se movía un poco.

Kagechika, quien junto con su hermana había sido olvidado en el montículo, se dio cuenta.

—Hermana. —Intentó detenerla con la voz, la reacción de Kyō fue más rápida que un trueno. Aulló sin palabras, atravesó la barda y se deslizó por el montículo—. Ah —suspiró profundamente.

A su hermano menor le importaba un comino el destino de aquel *monto*, lo único que quería era estar a salvo. A pesar de eso, Motoyoshi, su hermano mayor, se lo había ordenado. Tenía que llevar sana y salva a su hermana a Noshima.

—¿Qué hago?

Pensó bajar corriendo el montículo persiguiendo a su hermana, pero decidió que era una estupidez. Ella se había lanzado al campo de batalla desarmada. Lo que debería hacer antes de nada era recuperar las armas. Quería también un caballo. Corrió entonces primero hacia la casa provisional de los Manabe.

Kyō llegó en un santiamén al pie del montículo.

El fondo de ese lugar, que habían excavado para que funcionara como una fosa, estaba repleto de una infinidad de cuerpos. Pisó algunos cadáveres y logró cruzar la fosa.

«Disculpado», aunque de su boca nunca saldría esa palabra, porque en su mente solo había lugar para el viejo Gen. Siguió corriendo directamente hacia él, trastabillándose los últimos metros.

—¡Viejo Gen! —Kyō agarró el arpón y lo desclavó del suelo—. Respóndeme.

Abrazó al viejo Gen y le siguió hablando, pero al parecer ya había muerto.

Al ver su cuerpo, se dio cuenta de que el arpón no le había dado en el centro del cuerpo, sino que se le había enterrado en el estómago, parecía como *kushisashi*².

—Uhm.

Kyō clavó de nuevo en el suelo el arpón y puso su pierna sobre el cuerpo del viejo Gen.

Para poder sanar las heridas provocadas por un arma metálica y evitar que la carne se infectara con el metal era necesario sacar el arpón de inmediato. Kyō lo cogió con fuerza y pisó con gran ímpetu el cuerpo del viejo Gen.

No le importaba nada en el mundo. Estaba totalmente concentrada en este asunto. No le importó que el arpón tuviera punta. Al sacarla del cuerpo del anciano, este se despertó.

—Viejo Gen. —Kyō apartó el arpón y cargó con la mitad de su cuerpo.

—Oh, princesa.

Al parecer, el viejo Gen no sentía ningún dolor. Al ver que Kyō estaba frente a sus ojos, sonrió levemente. Por alguna razón, recuperó el color y parecía joven y sano.

—¿Vio usted mi hazaña? No retrocedí ni un paso.

—Sí —asintió Kyō con fuerza, aunque sabía lo que estaba pasando. Las personas, cuando morían, recuperaban por un

2 Especie de pincho de carne.

momento el sentido y luego se desplomaban—. Lo vi. Fue extraordinario. Con esto se cumplirá tu gran deseo. —Fue lo único que le pudo decir.

Trató de sonreír mientras respondía con brusquedad, como solía hacer ella siempre. El viejo Gen asintió con gran satisfacción.

—Sin duda alguna iré al Gokuraku.

—Sí, por supuesto. —Kyō asintió varias veces.

De pronto, el viejo Gen rio traviesamente y le dijo:

—Al ser abrazado por una bella princesa como usted, me siento ya en el paraíso.

En ese instante, dejó de respirar.

El peso que sostenían los brazos de Kyō aumentó. Esta cerró con fuerza los ojos. Cuando los abrió, sus pupilas estaban llenas de ira. Cargó el cuerpo del viejo Gen y se levantó.

Por detrás de ella, estaban pasando los tres mil efectivos de los samuráis de Senshū que habían salido de nuevo de la fortaleza de Tennōji. Seguían a Nobunaga y se dirigían a toda prisa hacia el Ōsaka Honganji.

Hasta la misma Kyō podía escuchar el estruendoso sonido de las espuelas de esa tropa. Mientras lo sentía a su espalda, Kyō no intentó girarse hacia allí.

«Fueron los del Honganji...», pensó mientras fulminaba con la mirada la cima de la fortaleza de Kidu, que se asomaba entre las dunas de Naniwa.

Estaba llena de rabia hacia los samuráis de Senshū que habían asesinado al viejo Gen, pero a los que no podría perdonar era a los monjes del Honganji.

«... Tendréis que cumplir vuestra promesa», entonó para su interior y comenzó a caminar hacia la fortaleza de Kidu.

—Hermana —dijo Kagechika, que apareció montado a caballo.

Este le había explicado todo lo que había sucedido a Dōmusai que estaba en la casa provisional de los Manabe. «Eso no estuvo bien», en vez de enfadarse, se puso nervioso, le pasó el sable y las armas de Kyō, le consiguió un caballo y le permitió salir. Kagechika aprovechó el momento y logró salir junto con la tropa, se alejó solo y llegó hasta donde estaba su hermana.

—¿Dónde vas, hermana?

—¿Dónde va a ser? A la fortaleza de Kidu —respondió esta sin girarse siquiera. Por supuesto, había escuchado las pisadas del caballo, pero no intentó subirse a él. Siguió caminando, cargada con el cadáver del anciano. Kagechika acicateó a su caballo.

—¿Qué se supone que vas a hacer en la fortaleza de Kidu?

Kyō no se inmutó ante la pregunta, mantuvo la mirada fija en la fortaleza y dijo con voz grave:

—Voy hacer que esos cabrones, los monjes del Ōsaka Honganji cumplan la promesa que le hicieron al viejo Gen; la de llevarlo al Gokuraku.

«... Y si Tomekichi aún estaba vivo, lo sacaría de la fortaleza», se calló para sí esa decisión que había tomado. No dudaba que, igual que Shimenohyōe, su hermano menor le diría que era una pérdida de tiempo y trataría de detenerla.

—¿Has dicho que vas a hacer que cumplan su promesa? ¿Qué esperas que hagan? —preguntó Kagechika por si las dudas. Sabía que cuando su hermana se ponía de esa manera, nada la podía detener. La única opción que le quedaba era seguir a Kyō, que seguía caminando en silencio.

53

Cuando salió de la fortaleza de Tennōji, Shimenohyōe hizo que su caballo avanzara a todo galope.

Al mirar a su lado izquierdo, se dio cuenta de que había una extraña pareja: un hombre a caballo y una mujer que cargaba un cadáver. No le dio la mayor importancia. Fijó su mirada hacia delante.

A este grandullón había algo que lo mortificaba. Se alejó del escuadrón de los Manabe y se alineó con Yoshiharu Numa, que había salido antes que él de la fortaleza.

«Magoichi...», pensó, recordando los movimientos de aquel hombre de Saika cuyos ojos de ave de rapiña seguían al resto.

No podía pensar que aquel tipo hubiera huido junto con los *monto*. Podría interceptarlos con los mercenarios de Saika, como cuando asesinó a Naomasa Harada, y hacer que su avance se detuviera.

«*Ossan* Nobunaga, estás en peligro», pensó, aunque al ver las tropas de los Oda que avanzaban, no cabía duda de que tenían la ventaja.

No parecía que sus pisadas se detuvieran mientras perseguían a los *monto*. Aunque no podía saberlo con certeza, ya que estaba viendo solo la última línea de su tropa, sin duda, la primera línea de sus aliados estaba a punto de llegar al Honganji. Probablemente, tanto los *monto* como los mercenarios de Saika tenían más prisas por huir que por contraatacar.

Justo como había pensado Shimenohyōe, Magoichi y los mercenarios de Saika se habían mezclado entre los *monto* y seguían corriendo hacia el Honganji. Sin embargo, aunque estaba huyendo, el cabecilla de los mercenarios estaba esperando el momento de contraatacar.

Las villas que rodeaban la entrada principal del Honganji se encontraban ya ante los ojos de Magoichi. Los *monto* que huían habían cruzado el puente que atravesaba la fosa, corrieron lo suficiente como para pasar el portón y esconderse en las villas.

«Nuestra retaguardia», pensó preocupado Magoichi, pues al girarse escuchó el pavor que emanaba de los gritos de los mil *monto* que lo seguían.

Los venía persiguiendo la tropa de tres mil hombres dirigida por Nobunaga a gran velocidad, alzando una gran polvareda. Detrás de ellos, había otros tres mil efectivos: Shimenohyōe y los que habían salido de la fortaleza de Tennōji.

Al llegar hasta el inicio del puente, Magoichi se detuvo con un pisotón. Le dio la espalda al portón y aulló:

—Soldados de Saika, daos media vuelta.

Al escuchar la orden, unos mil mercenarios se enfrentaron al flujo de los *monto* que huían, dándole la espalda a la fosa. Se dividieron en tres grupos; estaban preparándose para realizar el ataque que tanto dominaban. El disparo de tres niveles.

A su lado, los *monto* corrían, siendo absorbidos por el portón. En mitad de sus aliados, que parecían un alud, los mercenarios de Saika se convirtieron en una roca.

Al observar lo que había ante ellos, Magoichi los alentó:

—Hombres de Saika, habéis trabajado muy bien hasta ahora. Su señoría, su Monseki, ha de estar muy feliz por su trabajo. —Alabó primero a sus subordinados *monto*. Si no, era posible que los mercenarios de Saika que profesaran esa religión no le hicieran caso—. Hombres de Saika, después de disparar vuestros rifles, separaos. Juntaos después en los templos de Kaiduka, desde ahí, retornaremos a nuestra posición inicial.

Los templos de Kaiduka eran las villas que rodeaban al templo budista de Gansen, ubicado en la actual ciudad de Kaiduka de la prefectura de Ōsaka. Era una de las bases alternativas del Ōsaka Honganji y estaba ubicado aproximadamente a unos treinta kilómetros al suroeste del Honganji. Estaba cerca del castillo Kishiwada, la base principal de Yasudayuu Matsura, el menor de los hermanos calabaza, pero era un punto que Nobunaga, en su avance hacia el Honganji, había olvidado. Para él, lo importante era aplastar al Honganji y le importaba un comino este lugar.

Lo que había dicho Magoichi a sus hombres era que una vez terminado el primer ataque, huyeran hacia Kaiduka. Algunos de sus guerreros estaban confundidos porque esa orden implicaba abandonar al Honganji, pero no tuvieron tiempo para contradecirla.

La primera línea de los Oda les estaba pisando ya los talones. Y, para su mala suerte, los *ashigaru* enemigos y los *monto* que estaban en la última línea se estaban empujando. Si emprendía ahora un ataque con sus rifles, mataría también a los *monto*.

«Es nuestra única opción», pensó Magoichi, analizando su estrategia militar.

Su idea era hacer que sus aliados pudieran huir cubriéndoles la espalda, es decir, la técnica del *kuribiki*, pero no la usó. En caso de hacerlo, los enemigos podían superarlos y

atacarían a los asustados *monto* y de este modo irrumpirían en el Honganji. Yoshiharu Numa logró hacerlo con maestría, pero esta técnica era difícil de emprender para Magoichi.

Si era así, la estrategia que podía pensar era que los mercenarios de Saika huyeran con los *monto* hasta los pueblos cercanos y acuartelarse ahí con sus rifles, rodeando a su enemigo. Sin embargo, sus aliados y enemigos estaban mezclados en el mismo lugar. Aunque lograran crear una barricada, era imposible, incluso para los mercenarios, disparar solo a los enemigos.

«Además, no tenemos otra alternativa que apostar todo a este único ataque», decidió Magoichi.

La treta más segura era establecer una pared con los *monto* del Honganji y una vez colocados, disparar de un solo ataque al enemigo, consiguiendo que tuvieran pérdidas dolorosas. Eso permitiría cerrar el portón en ese instante.

Si lo hacían desde cerca, era posible disparar evitando a los *monto*. Una vez que hubieran caído algunos enemigos, aunque se tratara de un gran peligro para los mercenarios de Saika, sería mejor que la invasión del Honganji.

«Pero...», pensó Magoichi, recordando su otra razón para esperar al enemigo fuera del portón, «... eliminaré a Nobunaga».

Con que matara a aquel hombre, la persecución se detendría de inmediato. Esa era la estrategia que Magoichi tenía guardada en secreto en su pecho, era su gran apuesta.

—¡Venga! Juntaos aquí —dijo Magoichi sin apartar sus ojos del enemigo. Después, volvió a explicar las primeras enseñanzas que daban a todos los soldados. En esa situación tan crítica, era necesario darles una roca a la que agarrarse—. Aspirad profundamente con lentitud, expulsad el aire poco a poco. Que vuestra alma se quede vacía. Centraos solo en la garganta de un enemigo.

Después de decirlo, unos *monto* pasaron junto a Magoichi y desaparecieron dentro del portón. Al estar en posición de ataque, la cantidad de *monto* disminuyó y en su lugar comenzaron a asediar los *ashigaru* de los Oda.

Aun así, la pared formada por los mercenarios de Saika estaba en silencio. Lograron apaciguar su alma con aquellas palabras